

dulgencia del soberano Pontífice fué coronada de buen éxito, pues que Doroteo se sometió algunos meses despues. San Hormisdas encargó este negocio al patriarca de Constantinopla, que le dió buen término. Le remitió además á su exámen una querrela suscitada entre algunos monjes escitas y sus legados. Se trataba de esta proposicion : *Unus de Trinitate passus est*, que los monjes de la Escitia querian introducir en su profesion de fe. Estas palabras podian sin duda entenderse en sentido ortodoxo, pero los católicos hubieran querido que se le sustituyera esta otra : *Una de las Personas de la Trinidad ha padecido*, como indicando mejor la distincion de personas en la unidad de sustancia. No se avenia mucho la prudencia de la Iglesia romana con estas discusiones sobre juegos de palabras, y hé aquí la respuesta del papa á lo de los Escitas : « Queriamos » curarlos con la paciencia; pero se hallan sobrado acostumbrados á las disputas, sobrado noveleros, y apegados á sus » dictámenes. Tratan de herejes á cuantos opinaren de otro » modo que el suyo. Expertos en la calumnia, por do quiera » mueven disputas y sediciones : no hemos podido contenerlos » ni con amonestaciones, ni con la mansedumbre, ni aun con » la autoridad. » San Hormisdas se contenta con vituperar su terquedad, sin condenar la proposicion, que mas tarde veremos aprobada por Juan II.

8. Todo esto acontecia en 520 : y mientras que la Iglesia de Oriente renacia al catolicismo, bajo la influencia de Justino, la fe hacia progresos y conquistas nuevas en la Cólchide. El rey de los Lazios, hasta entonces vasallo y tributario de la Persia, reconoció la soberanía del emperador griego y se hizo cristiano. Tzacio, nombre del príncipe, fué acogido por Justino como hijo, y recibió la mano de Valeriana, princesa de Constantinopla, que llevó en dote á su nuevo reino la fe de Cristo, año 522. Habia penetrado además el Evangelio en las tribus árabes del Yemen (Arabia feliz). Hasta entonces los fieles habian vivido exentos de persecuciones. Pero en 523 el judío Dunaan fué puesto por sus coreligionarios en el trono de los *Homeritas*, tal era el nombre que los Griegos daban á estas poblaciones

por corrupcion del de *Hamiar*, su verdadero vocablo. El nuevo soberano se ensangrentó contra los cristianos : degolló á doscientos ochenta sacerdotes : todos los Etiópes residentes en el territorio y suspectos de ser cristianos fueron asesinados. Habia dado órden Dunaan de echar abajo todas las iglesias y cambiarlas en mezquitas. Por proselitismo judáico emprendió una expedicion formidable contra Nadira, ciudad considerable del Yemen hácia el Norte, y toda poblada de cristianos. Defendida por sus habitantes heroicamente, Nadira se resistia invencible. Desesperanzado Dunaan de tomarla á viva fuerza, recurrió á un ardid infame. Envió heraldos prometiendo vida salva á los sitiados, la posesion pacífica de sus riquezas y libre ejercicio de su religion si consentian en abrirle sus puertas. Creyeron á estas mentidas promesas : le dieron entrada, y apenas posesionado de Nadira, Dunaan entregó la poblacion al saqueo, quemó la iglesia con todo el clero y fieles que se habian refugiado en ella. Los habitantes que se negaron á renunciar la fe fueron martirizados sin distincion de edad ni sexo. Dunaan hizo encender inmensas hogueras en fosos anchos y profundos, y arrojaba en ellas en tropel á estas generosas víctimas de la fidelidad al nombre de Cristo. El martirio de Arethas, rey vencido de Nadira, fué notable por sus circunstancias. Este príncipe, digno de cambiar la corona terrena que acababa de perder con la celestial, tenia á la sazón noventa y cinco años. Hizole Dunaan venir á su presencia y le dijo : « Hé aquí en » qué estado te ha puesto tu confianza en Cristo. Abjura este » nombre, causa de tus desgracias, y ten compasion de tu » vejez. — Solo á los impostores, mas no á los reyes, contestó » Arethas, viene bien ser perjuros, como tú lo has sido para con » esta infortunada ciudad. Los reyes, y yo he visto muchos en » mi larga carrera, observan sus promesas y juramentos; aborrecen la traicion y doblez. Yo no haré jamás traicion á la fe » que he jurado á Jesucristo, mi Dios : yo no seré apóstata vil » ni judío como tú. » Y volviéndose hácia los cristianos cautivos con él : « Hermanos é hijos míos, les dice, ¿habeis oido lo » que acabo de decir á este judío? — Sí, padre y rey nuestro. —

» ¿Lo que he dicho es verdad ó no? — Es muy cierto. — Si
 » así es, y si alguno de vosotros es cristiano cobarde ó tímido, y
 » está pronto á renegar de su Dios, que lo diga, y que no man-
 » cille con su presencia la asamblea de los santos. » Respon-
 dieron todos á una voz que estaban prontos á morir por Cristo :
 y enfurecido de esta heroica respuesta Dunaan los mandó
 llevar á todos á la orilla del mar, donde habia preparado supli-
 cios : Arethas recibió el primero la corona del martirio, y
 todos aquellos sus ilustres súbditos fueron compañeros de su
 martirio : se arrojaron al mar los cadáveres de todos los már-
 tires. Entre ellos habia un niño de cuatro años, llevado de la
 mano por su madre : á este le preguntó el tirano : « ¿ Quieres
 » vivir conmigo, mejor que no ir á morir con tu madre? — Yo
 » no quiero renunciar á mi Dios, Jesucristo, respondió el niño,
 » y quiero morir con mi madre. — Ya lo estais viendo, dijo el
 » tirano Dunaan á sus oficiales ; esta raza ha sido pervertida y
 » seducida por Cristo aun en la infancia misma. » — Sin
 embargo se avergonzaba de poner manos en un niño, y lo en-
 tregó á uno de sus oficiales para que se le cuidara bien ; y que
 en llegando á los quince años, ó le haria gracia si abjuraba de
 su religion, ó lo haria morir si perseveraba en ser confesor de
 su fe. Mas el tirano no vivió harto tiempo para hacer esta ex-
 periencia, porque en el año siguiente, 524, el rey de Etiopia,
 Elisbaan, instigado por el emperador Justino atacó al tirano
 judío, deshizo su ejército en una muy sangrienta batalla, le
 mató con todos sus parientes, volvió á abrir las iglesias cató-
 licas, y restituyó á los *Homeritas* el libre ejercicio de una reli-
 gion que con tanta gloria habian confesado bajo el hierro de
 los verdugos.

9. En Armenia florecian á la sazón grandes hombres en
 ciencia y santidad. Santiago de Batné ó *Sarug*, llamado el
doctor, consagró una vida de setenta y dos años á defender la fe
 católica contra los errores de Nestorio y Eutiques, así como á
 dar ejemplo de todas las virtudes. Murió en 522, lleno de gloria
 y méritos. Los numerosos escritos en lengua siríaca que nos
 ha dejado son purísimos en la doctrina, muy elegantes y llenos

de imágenes poéticas. Fué uno de sus contemporáneos Isaac,
 obispo de Nínive ; mas le sobrevivió muchos años. Habia abra-
 zado Isaac la vida monástica desde muy jóven. En el dia mismo
 de su consagracion episcopal entraron en su oficina de despa-
 cho dos litigantes, porque en aquel tiempo no solo tenian que
 arreglar los obispos los negocios espirituales, sino toda discu-
 sion sobrevenida entre cristianos, de cualquier naturaleza que
 fuera. Una de las partes reclamaba el pago de un crédito ; la
 otra parte confesaba la deuda, mas pedia término : insistió el
 rico acreedor : « Si tú no me pagas, te pongo inmediatamente
 » en justicia. — El Evangelio, dijo san Isaac, nos manda no
 » pedir lo que se nos ha sustraído, con mas razon otórgar plazó
 » á quien lo pide. — No me habéis del Evangelio, replicó el
 » rico ; aquí no se trata de esto, sino del pago. » Entonces se
 hizo Isaac esta reflexion : « Si estas gentes no obedecen al
 » Evangelio, ¿ á qué he venido yo aquí? » Y entonces pensando
 en la inmensa responsabilidad de la dignidad episcopal, abdicó
 el obispado y se retiró al desierto de Sceta, en Egipto. Escribió
 allí cuatro libros de la *Institucion monástica*, y fué mirado
 como modelo y doctor de los monjes de esta soledad. La ciudad
 de Nínive produjo en el mismo siglo un escritor piadoso y ele-
 gante llamado Juan Sabbas, que ha dejado escritos varios tra-
 tados místicos, frutos de una vida pasada en la contemplacion
 de las cosas celestiales.

10. En tanto que la verdadera fe producía lumbreras tan
 resplandecientes en el Oriente, las islas lejanas de la Gran Bre-
 taña en el Occidente merecian llamarse *islas de los Santos*,
 título glorioso legado á la Inglaterra é Irlanda por los escritores
 del siglo vi, y por los cristianos de este y otros posteriores.
 San David, metropolitano y patron del país de *Gales*, despues
 de haber edificado con su santidad la isla de Wight, donde
 pasó muchos años en soledad, consagró una iglesia en Glas-
 tembury, fundó doce monasterios, el principal de los cuales
 estaba en el valle de *Ross*, cerca de la ciudad de *Menevia*, hoy
 San David. Asistió en 519 al concilio celebrado en Brevy, con-
 dado de Cardigan, contra los Semi-Pelagianos ; sucedió á san

Dubricio en la silla metropolitana de Caerleon, que transfirió él mismo á Menevia. San David era eminente orador, pero aun eran mas eficaces sus santos ejemplos que sus elocuentes palabras : así es que se le ha mirado como una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia británica. La regla que compuso para sus monasterios, le hizo padre espiritual de un gran número de santos que ilustraron la Inglaterra y la Irlanda, desde 470 hasta 544. — San Dubricio, antecesor de san David en la silla de Caerleon, abrió desde luego en la provincia de Warwick una escuela célebre, en la cual explicó siete años la sagrada Escritura. La fama de este piadoso doctor le atrajo discípulos de todos los puntos de las Islas británicas : se llegaron á contar mil oyentes suyos. Consagrado obispo de Landaff por san German de Auxerre en 446, pasó despues al arzobispado de Caerleon, donde en 519 remitió el gobierno de esta diócesis á san David para retirarse á un monasterio de la isla de Bardsey, donde murió poco despues. — San Thelian, su discípulo, hizo en 500 una peregrinacion á Jerusalem. De vuelta á su patria fué promovido á la silla episcopal de Landaff, despues de la translacion de san Dubricio á la metrópoli de Caerleon. Dejó floreciente á esta iglesia por su santidad, celo, piedad y cuidado en no recibir para clérigos sino sugetos esclarecidos y virtuosos : solo su autoridad bastaba á apaciguar todas las quejas. Dió pruebas de sublime caridad cuando una enfermedad contagiosa asoló el país de Gales, y en 580 murió en la soledad á donde se habia retirado para prepararse á la eternidad. Hacia el mismo tiempo, año 516, otro obispo del país de Gales, san Daniel, fundó el célebre monasterio de Bangor, cerca del canal marítimo que separa la isla de Anglesey del país de Gales. Admiró tambien á esta misma comarca el santo abad Cadoc, hijo de un príncipe que poseia la parte meridional de aquel país. Sucedió Cadoc á su padre en el gobierno, á su fallecimiento, pero muy pronto abdicó por abrazar la vida monástica. Fundó en las cercanías de Lan-Carvon, á tres millas de Cowbridge, un monasterio que llegó á ser un semillero de santos y de grandes hombres : salieron de esta escuela para

gloria de su patria san Iluto, san Gildas el albanio, san Maclovio y Samson.

11. No le iban en zaga á la Gran Bretaña la Escocia y la Irlanda. San Kentigerno, salido de la sangre real de los Pictos (516-601), evangelizó la Escocia, su patria, fundó el obispado de Glasgow, en una soledad á donde su sola presencia atrajo muchedumbre de habitantes que dieron nacimiento á la ciudad actual del mismo nombre. Kentigerno envió á predicar la fe á las islas de Orkney en la Noruega é Islanda. — Al propio tiempo contaba la Irlanda entre sus mas gloriosos hijos á san Colombo, de la ilustre casa de Neil, fundador del gran monasterio de Dair-Magh, hoy Durrog (521-570); á san Finiano, obispo de Clonard, uno de los mas ilustres obispos de Irlanda despues de san Patricio (500-552); á san Tigernake, obispo de Clones en el condado de Monagan 490-550; á san Albeon, arzobispo de Munster, fundador del monasterio de la isla de Arran, al cual dió los mas sabios reglamentos (460-525); y en fin la Irlanda cuenta en la misma época á santa Brígida, virgen, abadesa y patrona de Irlanda. Muy jovencita aun, recibió el sagrado velo de manos de san Mel, sobrino y discípulo de san Patricio. Esta santa se construyó en el hueco del tronco de una grande carrasca una celdita que despues fué llamada Kill-Dara, ó *celda de la carrasca*. Vinieron á ponerse bajo su direccion muchedumbre de vírgenes que santa Brígida reunió en cuerpo de comunidad, la cual dió origen á otros muchos monasterios de Irlanda : la santa floreció desde 470 á 523.

12. En tales circunstancias acababa su pontificado el papa san Hormisdas, año 523. Se habia suscitado de nuevo la cuestion de la gracia en la Iglesia de África, tan cruelmente dieznada por la espada de Trasimundo. Posesor, obispo africano, consultó al papa acerca de los libros de Fausto, obispo de Riez en las Galias, de quien ya hemos hablado : san Hormisdas lo remitió á los tratados de san Agustin acerca de esta materia. El papa dió en la misma época el título de primado de España al obispo de Tarragona, confirmando al propio tiempo el título de primado que san Simplicio habia dado al obispo de Sevilla

sobre la Bética y Lusitania (1). En una carta dirigida á los obispos de España [que se halla bajo la rúbrica *XCI, Epistola Hormisdæ papæ ad Episcopos per Hispaniam constitutos*, en el Códice de la Iglesia Hispana que tantas veces hemos citado, previene que no se ordenen sacerdotes *per saltum*, sino observando los intersticios canónicos; que no puedan recibirse á las órdenes los penitentes públicos; que se examinen y *prueben* los ordenandos, y en fin que se celebren sínodos provinciales al menos una vez al año, « porque es medio muy saludable, dice el papa, » de conservar la disciplina. »] Y en efecto hemos visto con cuánto ahinco han deseado los papas las asambleas de los obispos, y cuánto han deseado una santa libertad en estas solemnes reuniones, donde, bajo la asistencia del Espíritu Santo, se provee á las necesidades de los fieles..... San Hormisdas murió el 6 de agosto de 523, noveno de su pontificado. Gastó en adornar las iglesias de Roma quinientas setenta y una libras de dinero (moneda de plata) producto de la caridad de los fieles, suma enorme para aquellos tiempos. La moderacion y la firmeza son las dos preciosas cualidades de gobierno en que sobresalió san Hormisdas.

§ II. PONTIFICADO DE SAN JUAN I (13 de agosto de 523-27 de mayo de 526).

13. Sucedió á san Hormisdas san Juan I, elegido el 13 de agosto de 523. Su advenimiento al trono coincide con una nueva fase en la vida de Teodorico, rey de los Ostrogodos. Hasta esta época se habia mostrado este príncipe digno de los mayores elogios: pero desde esta época se despertó en su corazón el elemento bárbaro en todo su furor, cuando tanto lo habia contenido hasta entonces. La ocasion que hizo estallar por la primera vez violencias que muy pronto fueron crueldades,

(1) Véase lo que llevamos dicho en nuestras adiciones al capítulo 1, pág. 22 y sig. El autor no hace en todo sino copiar lo que otros han dicho, sin cuidarse de examinar las cosas á fondo. Ha copiado, aunque mal, en esta parte á Morino y algun otro escritor francés, muy poco versados en las cosas de la Iglesia é historia de España. (El Traductor.)

fué el celo que habia desplegado Justino por la causa del catolicismo en Oriente. Este último emperador se habia propuesto dar un golpe decisivo al arrianismo, y declaró á los Arrianos incapaces de ejercer cargo ninguno ni en el ejército ni en palacio. Teodorico, á pesar del respeto que habia profesado á la ciencia, virtudes y valor de los obispos católicos, no habia cesado de ser arriano; y el espíritu de secta, que hasta entonces habia permanecido inofensivo en este príncipe, se exaltó á la noticia de los edictos de Justino. Declaró Teodorico que si se llevaban á ejecucion, usaria de represalias contra los católicos de Italia. El ministro Casiodoro no le quiso seguir en esta via de reaccion y de sangre: se retiró de la corte y bullicio del mundo, y le faltó á Teodorico el espíritu de cordura y justicia con que hasta esta época habia gobernado. Hizo pues llamar á Ravena al papa Juan I: « Id á Constantinopla, le dice, y » exigid del emperador Justino que permita volver al arrianismo los arrianos convertidos á la fuerza. — Haced lo que » querais de mí, respondió el animoso papa: estoy en vuestras » manos; pero me es imposible servirme de semejante lenguaje, » porque en mi boca fuera una apostasia. » A pesar de esto, exigió que el papa emprendiese su viaje á Constantinopla para hacer saber á Justino que si él proscribia el arrianismo en el Oriente, él perseguiria al catolicismo en Occidente. El papa se resignó y partió acompañado de cinco obispos italianos, Eclesio de Ravena, Eusebio de Fano, Sapino de Capua, y dos otros cuyos nombres se ignoran. Era la vez primera que la cabeza de la cristiandad, el romano Pontífice, emprendia semejante viaje: así es que todo el Oriente, y Constantinopla sobre todo, se puso en conmocion. Salian al encuentro del papa durante el viaje poblaciones enteras á doce millas de distancia, y el emperador Justino se postró á sus piés y quiso ser coronado de su mano: es el primer emperador consagrado por un papa. El patriarca Epifanio, que habia sucedido á Juan en la silla de Constantinopla, suplicó al papa oficiase solemnemente en la basilica mayor el dia de Pascua de 525. El Pontífice accedió á sus deseos, y comunicó en seguida con todos los obis-